MANUEL RIOS RUIZ

AMORES CON LA TIERRA



ADONAIS

270

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid - México - Buenos Aires - Pamplona

Manuel Ríos Ruiz

Amores con la tierra

(Accésit del Premio Adonaís 1969)

A Gerardo Diego,
jándalo mayor
de la poesía española.

¡Oh hermano mío, tu!
Dios que te crea
será quien comprenda
al andaluz.
LUIS CERNUDA

MEMORIAL DE LAS CUATRO ESTACIONES

I

ACONTECIÓ en abril:
la luz calandria sorpresiva, se bifurcaba
nimbando las erías, ungiendo con su credo en las albinas
el vuelo del sisón.
Mi aliento allí, devónico y porfiado,
por vez primera se elevaba.
Y solemne contertulio de mí mismo
fuego, dime nombre de amor, fauna ardorosa a mi sangre, gravidez
a mi cuerpo, sano y lírico ejercicio a mis ojos, para buscar
entre el tamo, entre los pomos silvestres, los navazos
donde cultivar mis huellas y oír las codornices de mis sueños.
Con mis íntimos laúdes, confluía, ladera arriba -batalla campal
o rastro arcaico- con los hombres que fueron, en sus enteleridos
huesos, escapularios perdidos más allá de las duras crines:
anónimos jinetes de Don Rodrigo, paráclitos pastores -los que vieron
sus piaras en descarrío-, godos apuñalados, esqueléticas
entrañas del silencio paramera, manos forjadoras de odres y cabañas…
Y pregunté, ingenuo, tembloroso—decidlo, majoletos y acebuches—,
por mi propia porción y ademán, por los llenos y menguantes
de la luna, el rito manso de la escarcha, por la sal que aprieta
cada ubre, por los golpes musicados de los granos de la avena,
por la lid del espliego, hasta saber que la historia nacía, legítima
y trémula por mi pie, por mi trenzada alpargata de abacal,
que los nódulos de mi infancia serían noria del futuro, norte
al sur de cada cerro, acoto de simientes, silo para salmos, bardo
del tiempo, orégano para adobar orígenes en vilo.
Dígome: el quejigo
dejó esta sombra en mi frente, la que hoy mira absorto el corazón:
por fin Dios aparecía, lo dispuso una toba vertical, espinosa
maravilla.
Ya el cardo borriquero, el delicado alcacer, cada brocal
de pozo o abismo de tollo, cualquier presencia de eucaliptus, érame
secreto contiguo, canciones de colmenas, diagnósticos y veredas
para amar cantones y señales de herraduras, transitados tomillares,
ánforas en añicos o pedazos escombrados de tartésicos dornillos,
ayear de alamaduras donde los crisoles persistían soterrados, decursos
en piedras que fueron "espadas como labios", en hebillas de cinchas
que contuvieron heridos ijares, quebradas cinturas, cansadas
gargantas a voces por los campos, así cuando la tierra era mas tierra,

más fragua el sol de las dehesas, más cautivo el hombre de su calcio.
Érase abril, el toro en lontananza, gesta de una primavera, gloria
en celo de los arroyos, meandros que acercaban libélulas al río,
en lucimiento —os digo— de abril, azul y zarampañas, atravesado
de sábalos, con reliquias de nubes y cabañuelas, camino de la mar
en su cante volteado.
Asomé con mi vida, asombréme en cada álgido
balcón, tumulto de barrancos y atavismos, bajo el palio en ala
de las águilas reales, de los agrestes pálpitos de las cimas.
Y fui tomando conciencia, latitud de soledad, posesión de fe y faz
para este hombre, novo adán, acaecido en abril, después de una tormenta.

II

LENTA y larga medida, serpiente o mediodía para prieta envoltura
de los jadeantes acordeones del siesteo, junto a la enterrada
y primitiva frescura del cántaro, boquino y desasado.
Y la palma,
quemada por el sol, alga vegetal palidecida, hacíase pleita, capacha,
cáliz para el pan.
El trigo, aventado en la era, sonaba, bieldo
a bieldo; sobre la parva crujían los molares del trillo, el látigo
arriero, una copla de sudor, imposible en su monótona alegría.
Sentíamonos monarcas a la sombra sin aire del albérchigo
—árbol allí milagroso en réplica y en paz, locura o paraíso—;
pensábamos en agujar altos y asentados pajares amarillos, el cuadril
apoyado en los costales, queriendo intuir —cuán puros— la raíz,
la raya de la esperanza, redoblada en los retoños de la correhuela.

Después, contra la realidad veraniega, como para olvidar el sino
y vencer la hiel agosteña aglutinada en las punidas espaldas,
el gazpachero acercábanos pepino aderezado con vinagre, cocidos
migajones en su lebrillo, vivas acelgas sancochadas, rábanos
de rojo consuelo y un poco de más sombra con las orejas del mulo.
A lo lejos, entre las garbas, simbolizaba una amapola nuestra pócima
de sangre, temeraria y hermosa, en medio del rastrojo,
biblica superviviente —cual nosotros— del golpe mortal de los hocinos.

III

DÁBALE nombres de ilusas virgenes, de inefables musarañas:
corza, campana, sutileza, ambrosia, sortilegio, puro desvarío,
artesa o citara, musas peregrinas, vitola y caloría, eran palabras

para cepas, dichas al azar, injertadas entre los liños avinados,
metáforas de zagal de los majuelos, alucinado candor, locura,
impaciencia quizá de verso por la sangre, mitos, salves a parras
de caricias bajo cielos de aventuras, en aquella viña agostada
por milenarios malacates, azuelas y almocafres, por primorosas
podas memoriales, por la honda cava, por los recios rodrigones
clavados contra envites y ventoleras, a lo largo del tiempo recorrido
aranzada adelante, en pampánico delirio de florecidos sarmientos
barbados, de amorosas aporcaduras, de estrelladas yemas de virote...
Oh agraz de riparias embrazadas, esperanzas mecidas de surbajo.
Oh súbito afán de los racimos, moscatel o montupila orfebrería.
Oh espléndida magia de la albariza. Oh mar más allá de la orilla,
más allá de los asombrados ojos del recuerdo envuelto en la pruina.

La viña almibaraba un liquen, un buen ver desde el bienteveo,
una lánguida redondez de redores y almijares, ideales cobijos
para crecer a la zaga del abuelo, portando alegre su readera
o el tiesto del sulfato, la orza del azufre, entrañando mostos.

Y junto a la vid, al otoño cálido y dulce, discurría por la gavia
la música del agua ascendida del aljibe, el lento y monocorde
moscardón de octubre, los combados vendimiadores, las carretadas
cubiertas de polen, cual epicentro de canastas en la llanura,
culminadas de oro, como acequia sorprendida por la hijuela
camino del lagar, embrión o promesa de la copa, ahora disfraz
de esta pena o entelequia, de esta baza perdida, íntimo juego,
de este hombre vítreo, otra vez compungido, voluntariamente condenado
a vencer los ponientes del alma, la fogarada de un vino.

y IV

Et candil era un lirio recreado, una copla queda, un mirlo rojo,
un misterioso aliento vacilante, la valiente y mínima luciérnaga
que nos amparaba de la noche, que ponía en la choza —parpadeante—
las cuelgas en su sitio, arrinconando salamandras y diluyendo
osamentas fantasmales, componiendo el mester de nuestras sombras
el tacto de las zaleas, los desconchones de los barros, las vacías
oquedades del vivir;
                                        y avivaba el rescoldo, los tizos del anafe.

A su luz, cuando las cucharas de palo, mudas, reverdecían
con las sobras del potaje, ya olvido entre los viejos peroles,
y el viento arreciaba, conmovía el pasto y las altas beclingas,

cuando la lluvia era un son de gallaretas y avutardas espantadas,
vuelo o clamor, encantamiento, diluvio sobre lágrimas, a su luz digo,
los ojos yacían en mi libro de siempre, en los versos de Adriano.

Y el candil, encendido, vívido hasta el mañana, luminaria era
—junto al endecasílabo— de tórtolas, halcones, raras golondrinas,
pájaros de la cabeza, de otros inviernos sin ceniza en romas
y santiagos, hasta un dominio total de vida eléctrica.
Ahora, quizá porque llevo el candil aún luciendo en las entrañas,
su pabilo me alumbra la voz solamente.
Y gracias.

EGLOGA DE LAS PATERNIDADES

I

SOY el hijo, la fuga de los siglos, traigo por la sangre hojaldres
y sebos desde el génesis, purísimos prismales, auroras y lejanías
de amores con la tierra, los fehacientes gestos milenarios, juicios
occidentales que arrastran dinastías, fulgores ávidos del dolor
que amasó la historia, la pipiritaña pastoril, la acorazonada
intuición de los insondables refranes, el sueño calenturiento
de una ralea esperanzada, los coagulados vítores de sus coplas.
Nací del esplendor de una caricia, de un vientre subyugado
en todas sus comisuras, de una voz amable, de la honda o pasión
que el hombre hizo de su cuerpo.
Y aquí otra vez, planto, encelo
mis reales razones, mi sonido abismal, el fervor de mis ecos,
repetido hombre de pie, lívido y pletórico amador de la vida.

II

VEDLO de pie. También es adán como vosotros. Cruje. Tiene
perpleja el alma, el corazón sonoro, la piel curtida, las manos
callosas de tanto manejado herramental. E1 sudor de su frente
salpica por los lomos, alimenta los tallos, destila glóbulos, llega
a las raíces.
Luego, palpa la espiga, desgrana las mazorcas,
sueña maravillas entre la arboleda, acuna pájaros, se olvida
de la muerte.
Su casta es legítima, legionaria, pertenece
a la bizarría de los pobres, la llegó la sangre por el cauce

del apero, gañán de punta, cantaor de fandangos, triste perfil
yuntero, pastor enamorado, padre mío, cuya sonrisa
le debe a Dios, le nace en cada lágrima y bocado de pan.

y III

Hoy evoco los gozosos ríos de Adriano del Valle, párvulas estrellas,
sus vírgenes olorosas de alhucema, su pío nono, su pía Roma, su loro
cónsul, su égloga para la mujer, su clara ala de poeta, su rosa
y su velocípedo, su funeral por un torero, su pasturaje de amor…

Y los potros bocifuegos de Fernando Villalón, los toros suyos
—capirotes y botineros— de la bética marisma, su voz de pedernal,
el donaire de un romance con planta de garrocha, guzla al sol.

También los cantes de Machado, el soleaero Manuel, "banderillero
de Apolo", su jondura en el viento, su música atávica y señera,
su copla o acorde que paraliza y mide al mundo con su queja.

Ellos me dejaron una verdad en las sienes, una creciente llaga
viva que se hace candela, incendio empedernido, caliente fragua,
cada vez que miro, cada vez que hablo o canto, pienso o muero.

GLOSA Y RAZON DE LA CRIANZA

A Juan Ruiz Peña,
José Manuel Caballero Bonald
y Pilar Paz Pasamar,
poetas d e Jerez.

I

CUANDO descubro al tiempo en mi búsqueda, cuando inquiero y palpo
latitudes fenecidas y sufro modelando poseídos gránulos de ceniza,
proemios de pétalos, esfumada yerbaluisa, peonzas del recuerdo,
culebrinas febriles, ingénitas conjeturas de dioses y diablos, trasiego
aconteceros, sueños, limbos, reliquias de dramática hermosura.

Así ahora, porque vuelvo a las calles y plazas donde estuve varado,
pendiente del aire como un pájaro, y ávido me cercioro y convenzo
de mi pulso, se me estremecen las llagas y las túrdigas, las fibras

más íntimas del ser.
Bendigo, pues, mi suerte, conforto enamorado
Mi tristura, recuerdo, digo con los míos leyendas y refranes, canto,
capitulo de amor, me sentencio y escarcelo en mi propia sensación,
tatuado y errabundo de mi dolorida infancia, desnudo desde el pie.

II

ESQUINAS y ventanas, los imposibles balcones colgados de la cal
y el sueño, con trepadores jazmineros y golpes de arrayán,
macetas de petunias y geranios, arriates de olvidada yerbabuena.
Y en los patios un níspero, una palmera, un pozo y su cordel.
Jaramagos de silencio en tejados y azoteas. Canarios y jilgueros
enjaulados, junto a pálidas estampas de la fe. E1 último farol
velando en el corral...
Os canto calles sesgadas de piedra a piedra,
sus puestos de apio, tagarninas, altramuces y leve perejil,
el macizo muro moro frente a la iglesia y su reducto, cúmulo de años,
cuando la tarde, cálida y perpleja, se vencía herida en la veleta
y volvían los viticultores desde los majuelos, portando, altivos,
en sus hombros las azadas, la singladura del sol en cada frente.

Aún sonaban cantinelas solemnes en fraguas y herrerías y las forjas
del tonel. Todavía ejercían su oficio recios carpinteros de carros
y en las bodegas ascendían a las andanas fajados alfiles arrumbadores.

Conmemoro aquel último pósito del lamento, angostura de la yedra
donde crecí, los juegos al bolindre y la piola, la solaz alegría
de una mínima moneda, gastada por hambre en dulces algarrobas.

y III

Los velones relucían entre el dolor. E1 ámbar del vino convertíase
en trepitante catarata por el alma. Suspiraba un mítico fantasma
por su cuerpo imposible, murciélago entelerido, extraño duende.
Rebotó en las paredes un vuelco de vida o un vuelo de muerte
y en los carteles de toros se estremecieron claveles y peinetas, dueñas
de labios sonrosados, mujeres de tronío, fechas repetidas por espejos.

Los hombres estaban fuera de sus camisas, sentían sus corazones
repicando como esquilas por las manos, en lúgubre y somero, en prieto
compás de golpes sobre el mármol y la pizarra, en lúcido son oscuro,

volcados en un lírico rito, en la genuina música de sus venas agitadas.

Los zagales heredábamos redondos quejíos melismáticos, sienes
torturadas, carnes salvadas del Infierno con heridas sonoras, abatidas
en el rincón del tabanco, y veíamos la sombra rala y chinesca
de una mano seca, psíquica, mandando y recogiendo, apuntalando
los lloros de una voz, crujiente pergamino, rebelde códice, bando
o abalorio de la angustia, toná o conjuro, jugo que nos enaltecía
oprimiéndonos, clavándonos una navaja de cárdena rabia contenida
en la garganta, para que nos supiéramos amasada arcilla de tristeza,
condenados heraldos de la copla, varones abrazados a su destino.

LOA DEL PRIMER AMOR

CUÁN bien vino el amor —atardecía por las lomas— para ludir
tactos alientos.
Ërase la paz. Ópalos los campos. En los embudos
del viento, en lo ancho de las navas, procreaban las pulpas
nervios y zumos: el adolescente adán, que sentía la punzada hipotética
del presentimiento, posó su mirada en gamonés florecidos, en la densa
maraña de las esparragueras, y viendo crecer hiperbólicas ramas, cauces
para el encelo, cogollos en luz, gallos y cacareos, sofocados
y verriondos pájaros, silvestres hortensias entrelazadas, fuertes
calores en las ortigas, crecióle varonía y dulcedumbre, se supo
poseedor de un relámpago, dueño de una eclosión, puro manantío:
quebráronse los interiores minerales de las yemas y sus pulsos,
temblaron huesos, se hacinaron mariposas en la mente, y por el vello
galopó un atávico escalofrío, se despegó un sueño de la carne
hacia la grama, quedando en el aire la perplejidad de los aromas,
los espejos de los arroyos asumiendo el crepúsculo.
Como milagro
del instinto se abrieron en gloria las promesas de unos senos,
los ojos verdes entre las trenzas, la sonrisa, la senda del vientre.

Así puso en trance la mocedad de sus deseos, le creció un palmo
el corazón para alcanzar labios o talle de mujer, de única princesa.
Y sobre la tierra cruda, en su brío, caldera hirviendo, rutilante
desasosiego, con todo frenesí besé los poros de una floración,
tanagra de armonía, rotunda doncellez, hasta sentir en las venas

el ágil brinco de los saltamontes, los retorcidos pasos de las orugas
y el veneno repentino y terrible de una súbita tarántula.

EVOCACION DE LOS MOCHILEROS

A Ramón Solís

CAMINABAN intuyendo piélagos y peligros, bancales y alambradas,
canteras, pozos de cal, guardias en ronda, cepos y viles confidencias,
atravesando lindes, zarzas y palmaríos, lagunas y riachuelos;
traían sobre sus costillares un peso de ilusión, tabaco que encender:
"Aguila", " Cubanito ", " La Libertadora", " Cervantes ", " El Brasilero","Montecristo",
onzas de oro curado, contrabando desde el Peñón, brillantes
cuarterones con españoles gritos estampados, a la primanoche, cuando
menguaba la luna la redondez de su luz y por el campo hirsuto
fortalecíanse las rigideces de los misterios, balaban las últimas
ovejas y las yeguas en celo rebrincaban en torno a los pilones.

Los mochileros ascendian cansados a la choza, mustios de sed,
lejanos de tanto caminar, con las frentes ungidas de temores,
prietas las manos en cada bastón, descosidas las alpargatas arrastradas,
vencidos por sus cargas, hambrientos de cocción, vivos todavía.
Eran El Nene, Chirrubia, Maleni, El Cojo, Pepe El Largo, Maera,
Gonzalito E1 Viejo, Blanquillo, El Tano, El Pistola, Simón
El Portugués, braceros de Setenil y Grazalema, matuteros
de San Roque, sidonios de Medina y Benalup, cabreros de Paterna,
vejeriegos, mozos de Alcalá de los Gazules, Algodonales y Zahara,
rebeldes gañanes de Olvera y Los Barrios, jornaleros despedidos
y fustigados, aventureros de un camino, titánicos infantes monte
a monte, prescritos buhoneros, hasta Jerez, encorvados, noctámbulos.

Allí tomaban paz, ensanchaban los pechos, rehacían sus perfiles,
asaban tajos de tocino, apoyaban las espaldas en el hato,
recobraban valor y sangre para componer tristemente la figura,
alzar la carga hasta los lacerados hombros y agradecernos, sumisos,
nuestra lástima, el tibio amparo del rescoldo, la buena voluntad,
y volver, otra vez, lobos o corderos, a la noche prieta que los asumía,
mientras las rachas del levante acallaban jondos padrenuestros,
ponían en los cardos cilicios al pasar, colgaban de los árboles
miedos y fantasías, espejos de negra verdad como la pena.

LEGADO PARA UNA NIÑA

VIENES de la tierra.
Eres espiga en granazón, arcilla incorporada,
el fruto de un sembrado beso, capullo del amor, rosicler
o niña en cuyos ojos duermen corríos y romances, rotundas gestas
de luceros y placeres, el ayer y el futuro, las tersas y lúbricas
cuerdas del tiempo, los trémoles heridos de la música soterrada.

Alientas con mi sangre, suspiras paz y temblores, te sostiene
el esfuerzo de la historia, las penas que fueron sosegado légamo;
tienes cintura de alianza, labios o lirios que han de besar áridos
donceles, manos para exaltar lo pequeño, voz desde el dulce corazón.

En ti se desbordan ríos de pensamientos, luces prístinas por la piel,
angustias y alegrías, los sueños de una raza, la donosura sutil
e su espíritu.
Ahora, tenue perfil de la mañana, alba morena
o semillama sorprendida, inquieres y te asomas, saltas, juegas, cantas,
en la rotación y los enigmas, se te antojan oníricos imposibles, nidos,
y vas alzándote, día a día, para alcanzar mis hombros con tu lira,
la calidez del sol, las espléndidas incógnitas de tu horizonte.

Después comprenderás tus asombros, cada apretado ramo de jacintos,
lo que prevalece en el instinto, los delirios o abrazos de tu madre,
y el dolor, hija mía, que hoy siento —llegado de la tierra—
con la alegría de nombrarte Teresa y María, razón de mi ser.

EPISTOLA PARA FUTUROS AMADORES

ME dirijo a vosotros, a los que estáis aún en las simientes,
a cuantos vendréis—sencillos y prestos—con la liza y la palabra,
con los gozos estremecidos de los partos, para proclamar así
que el nardo continúa, que los campos tienen sed, zumayas,
tornasoles y arcoiris, crecidas plantas de la verdad, repicantes
campanas en cada flor, múltiples zureos de palomas, altos
columpios de las brisas, largas noches que esperan luz, tiempos
y témpanos donde el amor acompasa su ambrosía.

Seréis lúcidos, claros amadores, morenos de piel y hechos,
muchachos conjurados por la música, verídicos paladines,

legítimos herederos de Argantonio, libadores redivivos
dispuestos a ganar la plenitud, otra vez el mar, la tierra
y el curso del gran rio, las enseñas olvidadas, la vieja
linde de la bética, hispalis fecunda, hito y memoria.

Coronaros de bien, forjad la pena, vivid con alegría,
hasta alzar columnas de esperanza, nuevos caseríos, merenderos,
jardines rumorosos, bibliotecas en las laderas, teleras en la paz.
Porque tanta torre y barbecho, sueños y más sueños en los siglos,
tamaña guerra o leyenda, espina, mirto y laurel, sufrida fama,
es un limo que espera el molde y golondrina de un crisol.

ODA A LA COPLA POPULAR

A Enrique Morente, cantaor

ESCLAVA de la mina o la almadraba,
a orillas de los ríos,
novia en los olivares,
penitente en las tabernas, en los últimos
corazones de los barrios,
su grito es resumen estoico o grave,
vital o jubiloso, de cuanto alacrán nos pica hirsuto por el pecho,
de las continuas convulsiones de la historia,
del verdadero y claro nombre que tiene cada cosa.

Fue forjada en los yunques y caminos vecinales, en boca
de gañanes y arrieros, entre encinas y azafrán.
Como albahaca
o azucena,
perales y ciruelos,
se levantó hacia el aire, sencilla
y pajarera, estornino penando en el amor, dejando en la tierra
estremecidas sentencias o piropos de vergel, ciertas noticias
de la muerte y de la vida.
La copla redime de las infusas
culpas que quiebran la inocencia, sabiamente dice la misteriosa
razón que nos conmueve, el espíritu del hombre en la besana
y el fuero del pueblo siempre atosigado.

Por eso hoy, cuando su esencia se pierde

en un laberinto de necedad y dineros, digo y firmo,
rubrico firmemente:
perderemos el alma si nos falta la voz.

OFRENDA Y SUPLICA AL MAR

A Fernando Quiñones
y Antonio Hernández.

HEME aquí uncido a tu violencia, sintiendo o adivinando
con el escorpión de tu espuma las reglas oníricas de tus olas,
dándote con mi pecho el marasmo de mi sien, todo el velamen
que acucia el corazón —absoluto poblador de tu hermosura—
y rindiéndote la pleitesía que los sueños te deben; mas pidiéndote
un pletórico baile de sirenas, no sé qué internas tempestades,
tu vejez al sol, tu juventud de dios enardecido, esta sal
que conmueve en su grandeza y quédase en gota cincelada.

La tarde tiene cruzados tus caminos, pero mucho es tu retumbo
y andaluces tus confines, tu lengua o tu batalla de este instante.
La atlántida que acercas y trasluces, los redobles sonoros
que avivan los atunes, este remo perdido que remonta mi palabra,
la almeja redonda que siembras en la arena, cuanta vida
de alga corona tu última glorieta, cada húmero o fósil o germen
que encarna tu misterio, el dolor de los hombres que te aman,
los vientos que ensortijan tus bríos y donaires, los locos rumbos
de los ojos por tu azul, los prehistóricos brazos de Telhotussa
en cada ave llegada de los cielos a tu yodo, a tu tendida música,
son tus integrales tesoros, tus eternos atributos fantásticos.

Déjame en tí conocer lo dúctil, lo inefable, el mensaje
de los mundos que separas, bandurrias y bandolinas, sumergidos
cancioneros de combates y pecados, banderías aventureras
que desafiaron el tiempo, turbulentos carnavales de pasión
diluidos en el espasmo de tus entrañas, oh pura biología del universo.

Y ahora que Conil despierta entre los siglos y ya levanta
alegres tenderetes en tu orilla, festeja verano y pleamares,
rotula estrellas o besa un cuerpo de mujer sobre la playa,
bautízame con tu clamor, hazme ilusorio marinero, navegante
del recuerdo de tu halo, hoy que tengo, mar, hoy que tengo
el alma a toda vela en esta punta tuya y de la tierra.

HONORES A LA GUITARRA

A Manuel Morao,
Manolo Sanlúcar
y Parrilla de Jerez,
tocaores.

VEN, tocaor, descansa tu corazón en la guitarra, templa,
templa al tiempo, escarola tus dedos, pon en las cuerdas
pedernales, terrenales quimeras, y así nos llegue, caudalosa,
su vibración a los cuencos de los ojos,
                                        que nuestra fatiga
antigua tenga su cántaro, esquema y orbe, estética de viento.

Acuérdate del surco más derecho y hondo, de la mancera
más rústica, de aquellos chozos y pajares donde malvivieron
los profetas de tu casta, escucha sus conjuros, arráncalos,
atízanos con ellos el buen vino, enciéndenos, quémanos la madrugada,
hazla serpentinas, pavesas, filamentos de agrios temporales.

Quéjate ahí, en el meollo de la siguiriya, en su mordedura
más íntima,
        des-
            ca-

                bal-

                    ga su ritmo,
                                así,
                                    como un golpe
de arena y lirio, hasta que vuelen otra vez, galgos las falsetas
saltando lentiscos y pinares, sesgando los tarajes, huyendo
de fáciles y falsas maravillas,
                                porque sabes, tocaor, cómo apagan
las cabras su sed en los dornajos, cómo y por quién trenzan
los pájaros sus trinos, el mínimo rumor de los gusarapos en los charcos.

No detengas tu bien,
                        que el aire se sienta cautivo, arpegio
tras arpegio, de todo cuanto te bulle por los pulsos.
                                                Alégrate

también de que persista el llanto, sea ésa tu alegría:
rasguear, rasgar armoniosamente las tinieblas, resucitar
los clamores del aljibe clausurado, recobrar los temblores
de los muertos, la visión de los ciegos, la ceniza de los vivos.

Gracias, tocaor, por tus cipreses, por tu placeta de trémoles,
por cuanto sueño siembras y siegas, por el preludio
y el fanal de tu guitarra o cárcel, cancela del morir.

CARTA DEL ALMA

ESTARÁS con tus remiendos, manejando tu aguja de zurcir, dulce,
entrañada en el dolor y los recuerdos,
                                        con la sonrisa
limitando con la lágrima, incorporando tus sueños, la santa
pena acelerando el corazón de la alegría nunca consumada.
Los retratos—presentes a la mirada—son tus rosas, te acompañan;
beso desde ellos tu frente, te abrazo el pensamiento,
                                                        me cercioro
de que vives, agradezco a Undivé tanta pureza por mi origen.

Pones, lo sé, en la ventana la imagen de un niño que creció.
Y por tus ojos permanece la figura del hombre que se fue.
Ya me hablas o acaricias, te escucho por las venas, por nuestra
vieja sangre campesina, tomada su fuerza del mantillo cada alba
y amasijo, cada enero y primavera, en todo gozo y toda muerte.
Óyeme también. Es mi pulso, la hora de mis sienes, la cresta
del alma siempre conmovida, a pique de estallar con la quimera.

Si, estoy donde siempre,
                              más allá de las paredes y los kilómetros,
andariego náufrago de mis mundos, herido de tristeza, alucinado
por algún recóndito deseo, aventurando la aventura.
Sábeme el mismo y el poeta, el niño distraído por los cerros,
el muchacho que luego pecaría, aquel que nadie comprendió, aquel,
un hombre solo —que solo peregrina— esperando aún a la esperanza.

Y esta tarde, al evocar aquellas otras de mi infancia, perplejo,
adivino tus gestos, el quehacer delicado de tus manos cansadas,
tus canastas de ropa por hilar, tu fe en el hijo, perenne
deuda de mi vida, y razón de estar aquí, amando cada gránulo
de tierra, madre como tú, madre mía, hecho y dicho, novio y galán.